

La
masacre
de
Allende

Crónica de un crimen de Estado

JUAN ALBERTO CEDILLO

ET EDITORIAL
TERRACOTA

1

LOS IDUS DE MARZO TRAJERON DEMONIOS

Esa noche, todavía despierta, descansando de la jornada, Silvia se prepara junto con su hija a observar en la pantalla de la televisión un programa de caricaturas. Segundos después comenzó su perenne pesadilla. Poderosos estruendos de fusiles de asalto se escucharon a poca distancia y les provocaron sobresaltos e interrumpieron su merecido descanso. La mujer jamás se imaginó que durante ese anochecer frío de una incipiente primavera moriría en vida. A partir de esos momentos el otrora plácido sueño se espantó para no regresar durante crueles y largos años, mientras el tiempo curaba sus heridas infligidas por disparos que ni siquiera la rozaron pero que sí impactaron en los cuerpos de su numerosa familia.

Los estruendos de armas de grueso calibre se oían a poca distancia. Agazapada, Silvia se asomó tímidamente por la ventana y percibió que los disparos se escuchaban a esca-

sos metros así que abrió la puerta, despacio para evitar que la vieran; se asomó para observar que la amplia casa de su tío, que ocupaba toda la esquina, estaba rodeada por camionetas y atrás de ellas varios hombres armados, agachados, se cubrían de las balas que salían del domicilio y respondían a los disparos. Acto seguido, Silvia tomó a su hija y a su hermano y subieron a su camioneta; poniendo el vehículo en

Silvia
abrió la puerta
y vio la casa de su
tío rodeada

reversa, sin prender las luces, se alejaron del enfrentamiento entre sus familiares y los sicarios, para después escapar de Allende por calles poco transitadas. Intuyó una tragedia, porque minutos antes se había enterado de que otro rancho de su familia, ubi-

cado en el kilómetro 7 de la carretera que conduce a Villa Unión, estaba ardiendo; por eso decidió avanzar rumbo a Piedras Negras para cruzar la frontera con Estados Unidos.

A esa hora las calles del poblado ubicado en el corazón de la región del norte de Coahuila, conocida como Cinco Manantiales, se encontraban desiertas. Horas antes, durante la bucólica y somnolienta tarde, la tragedia se posesionó de sus pobladores y el nombre del pueblo quedaría maldito.

Cinco Manantiales destaca por el contraste entre su vegetación frondosa y verde y los diversos tipos de cactus y fauna que caracterizan el inmenso desierto del norte de Coahuila, donde millones de años atrás habitaron dinosaurios endémicos cuando aún estaba inundado por el agua salada del océano. Inmensos y frondosos nogales marcan el límite con la zona semidesértica. Con hileras de nogales comienza el oasis, un vergel que permite concluir que el agua inunda el subsuelo en beneficio de los habitantes que desarrollan la agricultura y la ganadería, las principales activi-

dades del pueblo ubicado a unos 40 kilómetros de distancia de la frontera con Estados Unidos. La autopista 57 conecta a Allende con las ciudades fronterizas Piedras Negras, en Coahuila, e Eagle Pass, en Texas.

Allende es el centro de la región Cinco Manantiales. Es el típico pueblo norestense con calles polvorientas por la temporada de vientos, trazadas a partir de la Main, la carretera que cruza el poblado: en su centro se ubica la plaza principal y a su alrededor se concentran los edificios representativos de la actividad social, el poder político y económico: el palacio municipal, la iglesia, los grandes comercios, etcétera. En una esquina destaca una lujosa residencia, propiedad de uno de los hombres más ricos del poblado: Luis Moreno, padre de Héctor Moreno Villanueva, un junior que, a pesar de su ascendencia, una familia con importantes empresas y negocios, desde su juventud se metió a traficar por su cuenta pequeñas cantidades de droga que ingresaba a México por Piedras Negras.

Ese año 2011, Allende registró apenas unos 22 mil habitantes. La mayoría de sus viviendas están construidas con



La residencia de Héctor Moreno fue parcialmente destruida con maquinaria pesada y después los sicarios Zetas intentaron quemarla.

una especie de adobe en forma de gruesos ladrillos que sirven como aislante térmico para el calor abrasador de la temporada de verano. Son construcciones, en su gran mayoría, con un alto techo sostenido por vigas, de un solo piso, con puertas de madera y un par de ventanas que tradicionalmente están protegidas por un herraje de hierro. Entre las casas buenas destacan las amplias residencias de la familia Garza, otra de las más ricas del pueblo y, por lo tanto, blanco de la envidia de algunos vecinos.

Rumbo a la salida de la carretera que conecta con Villa Unión se edificó una de las residencias más lujosas, grandes, con enormes patios, con alberca, asadores, cantinas y espacios para el descanso. La espectacular residencia contrastaba con las pequeñas casas que la rodeaban. Un enorme castillo construido para albergar a uno de los miembros de la familia Garza, aunque la residencia estaba registrada a nombre de una mujer. Pertenece a José Luis Garza Gaytán, quien desde muy joven comenzó a crecer económicamente gracias a su amigo Héctor Moreno. Ambos se habían aliado para ampliar su ilegal negocio de traficar la cocaína que les surtían un par de peruanos que llegaban desde Cuernavaca para vender paquetes de un kilo a los narcotraficantes autónomos que operaban en Piedras Negras.

El 18 de marzo, fecha en que se conmemora la expropiación petrolera, se transformó en el año 2011 en un día trágico para Allende: al filo de las cinco de la tarde arribó una jauría de sicarios que, como perros de caza, venían sedientos de la sangre de sus presas. Sus amos, los líderes Zetas Miguel Ángel y Óscar Omar Treviño Morales, habían soltado a sus feroces canes para que consumaran su venganza contra tres de sus colaboradores responsables del trasiego de cocaína a gran escala, de quienes intuían que los habían traicionado: José Vázquez, Héctor Moreno Villanueva y Alfonso *Poncho* Cuéllar.



Interior saqueado de la casa de Héctor Moreno.

Los sicarios eran trasladados por una fila interminable de camionetas, unas cuarenta y cinco. Desde la entrada del pueblo la caravana era escoltada por cuatro patrullas de la policía municipal para guiarlos por las polvorientas calles que conducen al centro. Los habitantes del poblado ya estaban acostumbrados a observar desfiles de hombres armados vestidos de civiles que patrullaban sus calles portando fusiles de asalto R15, AK47 y chalecos antibalas. Esos pistoleros incluso se dejaban ver en los retenes a la entrada y salida del pueblo, filtro en el que se detenía e investigaba a quienes lo visitaban. No obstante, la dimensión del convoy que llegó esa tarde no tenía precedentes.

Nada parecido a lo que se vio en la temporada de las cabalgatas, cuando los patrones, los hermanos Treviño Morales, montados en sus majestuosos potros, encabezaron una larga hilera de vaqueros que marchaban por la amplia avenida que conecta a Allende con los poblados vecinos de Nava y Morelos. Los jinetes eran escoltados por decenas de hombres a caballo que se distinguían por portar armas largas de grueso calibre. Esas imágenes hicieron recordar a los más ancianos del pueblo a los revolucionarios de la División del Norte que

combatieron por estas tierras contra el ejército federal de Victoriano Huerta. Cabalgatas que se hacían cada vez más comunes desde la llegada a Allende de los patrones Treviño Morales, quienes arribaron con sus pistoleros y también trajeron un auge económico para muchos negocios, así que las cabalgatas recibían aplausos y vítores al transitar por las calles de Allende.

Esos numerosos pistoleros también destacaron durante la celebración de carreras de caballos en los derbis del “Furniture” de Morelos en su Pista Carolina. En temporada de carreras los pequeños hoteles se atestaban de ricos empresarios, entre ellos un obeso Francisco Colorado Cessa, socio de los líderes Zetas, a quien le entregaban sus millones para que les comprara potros Cuarto de Milla en Estados Unidos, además de poderosos políticos y un sinnúmero de invitados de los patrones, quienes llegaban en espaciosas camionetas Suburban último modelo, para apostar hasta un millón de dólares por el caballo favorito. Todos ellos eran cuidados por esos pequeños ejércitos de hombres armados que se desplegaban desde la autopista 57 hasta la entrada de la Pista Carolina, así como en sus alrededores.

A pesar de sus poderosas armas, esos pistoleros no se caracterizaban por su discreción, todo lo contrario. Circulaban a pie, en caballos o cuatrimotos por los alrededores de la pista; vigilaban el estacionamiento con decenas de suntuosos vehículos. Cuidaban a la gran cantidad de visitantes que apagaban el calor y los nervios generados por las elevadas apuestas con ríos de whisky, cerveza y tequila, así como saciando el apetito con la tradicional carne asada y todo tipo de platillos tradicionales de la región.

El ambiente de tensión de esos hombres que se disfrazaban con la tradicional vestimenta nortea: sombrero, botas polvorientas, pantalón de mezclilla y camisa de manga larga de cuadros, con cinturones de grandes hebillas hiladas don-

de portaban cargadores, y pistolas calibre nueve milímetros, crecía cuando aparecían los patrones, también cuidados por otro círculo: una guardia pretoriana de confianza.

No obstante, la cantidad de hombres armados que llegó esa tarde al pueblo rebasaba las tradicionales parvadas de pistoleros a las que ya estaban acostumbrados los pobladores. Algunos perros de caza llegaron con el rostro cubierto, otros con duros semblantes y la gran mayoría eran desconocidos provenientes de otros estados, al grado de que se perdían en las calles de Allende. Guadalupe Ávalos Orozco, *La Lupe*, una mujer de la policía municipal, y tres de los efectivos que los escoltaron: Rogelio Flores, *El Papaniquis*, Rosario Téllez, *La Chayo*, y Jesús Alejandro Bernal, los tenían que encaminar por el camino correcto que los conduciría a sus presas.

Oliendo algo fuera de lo que ya era normal, los pobladores que se encontraban en las calles, sentados en sus banquetas o paseando, corrieron a refugiarse en sus domicilios. Atrancaron puertas y ventanas, se escondieron y observaron con timidez las calles por las rendijas o moviendo un poco las cortinas de sus ventanas. Observaron cómo *La Lupe* era la más entusiasta para conducir a la jauría a las grandes residencias seleccionadas previamente para ser atacadas.

Los vecinos se sienten aliviados, o menos amenazados, cuando se dan cuenta de que *La Lupe* y los policías municipales conducen a la jauría de sicarios a las lujosas residencias de los Garza y los Moreno Villanueva, distribuidas por los cuatro puntos cardinales del poblado. Como policía municipal, Guadalupe Ávalos representó la máxima expresión del rostro de la barbarie: ella encabezó a los perros de caza para que devoraran a sus presas. Sin misericordia ni piedad se ensañó con niñas, mujeres, ancianas, a las que arrebató de sus hogares y las condujo ante los verdugos para que, junto con decenas de otras víctimas, quedaran convertidas en cenizas.

2

LA CONEXIÓN ZETA EN DALLAS

En los albores del año 2010, después de algunas detenciones importantes de narcotraficantes mexicanos, el agente Richard Martínez de la DEA y el fiscal federal adjunto Ernesto González lograron ubicar e identificar a José Vázquez, Jr., originario de Dallas y conocido en el inframundo del crimen como *El Diablo*. No obstante, en esa época aún desconocían que Vázquez era el más importante distribuidor de cocaína de la poderosa organización mexicana conocida como los Zetas. Tampoco estaban enterados de que *El Diablo* movía mensualmente camiones atestados de drogas para distribuir en Texas y otros estados, además de lotes de armas y millones de dólares en efectivo.

José Luis Vázquez Jr. en la flor de su adolescencia se convirtió en un emprendedor narco que vendía droga a sus amigos en las calles y a compañeros de la secundaria cuando

estudiaba en la ciudad de Dallas, Texas. Sus pequeños clientes le compraban un *dime* de cocaína, es decir un diminuto envoltorio de diez dólares, pero también vendía paquetes más grandes, de veinte dólares, con unos cinco gramos de la droga. Apenas contaba con catorce años. Para cuando lo detuvieron, a los 32, ya acumulaba una amplia experiencia además de contactos para hacer crecer su negocio.

Gracias a Vázquez Junior, a su padre José Vázquez —nacido en San Pedro de las Colonias, Coahuila— y a su pequeña organización en Dallas, los Zetas se transformaron en el cártel que traficó más cocaína hacia la Unión Americana entre 2008–2011, para superar incluso al Cártel de Sinaloa, el más antiguo, poderoso y experimentado en el contrabando de drogas de México para el mundo. En esos tiempos, la organización de Vázquez destacaba en el *rating* de la DEA como el número dos en la distribución de cocaína en la Unión Americana, solo superado por una organización de Chicago.

Antes de ser detenido, los Zetas le mandaban a Vázquez, desde Piedras Negras, en promedio, una tonelada de droga al mes con valor de veintiún millones de dólares, para ser distribuida en Dallas, Fort Worth, Arlington, Grand Prairie, St. Louis, Missouri, y Kaufman, Texas, así como en otras localidades de Estados Unidos. Gracias a eso las ganancias del joven narcotraficante fluctuaron entre ochocientos mil y un millón doscientos mil dólares al mes. El resto, unos veinte millones de dólares mensuales, se mandaba a los líderes Zetas, los hermanos Treviño *Z40* y *Z42* así como a Heriberto Lazcano *Z14*. No obstante, como el billete de mayor denominación que circula en la Unión Americana es de cien dólares, a Vázquez Jr. le resultaba más complicado meter grandes cantidades de dinero en efectivo a México que los problemas con los que lidiaban los contrabandistas para introducir la droga por la frontera.

Vázquez Jr. conoció en Dallas a Héctor Moreno Villanueva cuando eran muy jóvenes y desde entonces cultivaron una amistad que se fue estrechando en la medida que creció su negocio de narcotráfico. Cuando los Zetas reclutaron a *Poncho* Cuéllar y a Héctor Moreno, la pequeña organización de Dallas encabezada por su amigo se convirtió en su distribuidor. Cada semana recibía al menos una o dos cargas de droga en camionetas provenientes de Eagle Pass, con los tanques de gasolina modificados para esconder la cocaína, y a su vez regresaban con bolsas de plástico selladas con cientos de miles de dólares en su interior. Ese imperio se comenzó a derrumbar cuando en

El dinero iba en
bolsas de plástico
en los tanques de
gasolina

los suburbios de Dallas, en una redada, la policía incautó una camioneta y en el tanque de combustible localizaron 802 mil dólares en efectivo, empacados en bolsas al vacío. El conductor Gilberto Moreno, hermano menor de Héctor, confesó que trabajaba para un tipo al que solo conocía como *El Diablo*, es decir José Vázquez Jr., y a partir de ahí la DEA lanzó el operativo *Too legit to quit* (Demasiado legítimo para rendirse), para ubicar a *El Diablo* y su organización.

La intensa actividad ilegal de Vázquez Jr. contrastaba con su apacible vida familiar: casado, con hijos, vivía en un suburbio de Dallas de clase media. Por medio de un amigo que tenía un negocio lavaba dinero y compraba propiedades, joyas, autos de lujo, etcétera.

En el juicio contra José Treviño Morales, hermano mayor de *Z40* y *Z42*, contra Francisco Colorado Cessa y otros, celebrado en Austin en abril de 2013, en donde rindió su testimonio, el fiscal de distrito Douglas W. Gardner lo cuestionó:

—¿Depositó usted algo de eso en algún banco?

—Sí, señor —respondió Vázquez.

Para realizar los depósitos de miles de dólares consiguió un socio que le ayudaba a lavar el dinero. Vázquez primero le facilitó a su amigo un préstamo para que abriera un negocio legal.

—Al mismo tiempo, él me ayudaba a limpiar algo del dinero. Yo le daba dinero en efectivo y él me entregaba un cheque que yo depositaba en un banco. A principios de 2010 sentí que me estaban vigilado. Me estaban siguiendo. Sabía que era la policía. Yo estaba en libertad condicional, así que si me capturaban estaría mucho tiempo en prisión —le confesó al fiscal.

Al sentir la cercanía de la policía, decidió viajar a México. Antes de su partida hizo los arreglos para que su pequeña organización continuara operando. Abandonó Dallas con su padre a mediados de ese año. Cruzó la frontera para radicar en Ciudad Acuña y después se trasladó a Allende para reunirse con su amigo Héctor Moreno. En Acuña consiguió hacerse de un bar para que lo administrara su padre José Vázquez.

Al poco tiempo de su estancia en Allende ocurrió un desagradable encuentro con Z40. El sanguinario capo lo mandó levantar cuando circulaba en su auto por las tranquilas calles del poblado. Miguel Ángel Treviño no reparó en la importancia que Vázquez tenía para la organización, ya que pretendía intimidarlo, tal como acostumbraba con sus súbditos. Sus hombres le marcaron el alto y le quitaron la licencia de conducir para luego llevarlo a donde se encontraba Treviño Morales.

“Él me atrajo, quería ver quién era yo. Más tarde me enteré de que él ya sabía quién era yo. Solo quería hablar. Me preguntó cuál era mi nombre y qué estaba haciendo ahí. Supongo que intentó intimidarme. Y entonces, él me dijo:

‘usted es el que está haciendo todo por mí en Dallas’. Dije ‘sí, señor’, y él dijo, ‘de acuerdo, continúa. Sigue con lo que estás haciendo’. Y me devolvió la licencia de conducir y me dejó ir”.

Al hermano de Miguel Ángel, Omar Treviño Morales, lo conoció durante una cabalgata que se celebraba en el pueblo. “Él estaba ahí y yo me encontraba con Héctor Moreno. Solo estábamos viendo cómo montaban los caballos, cuando Z42 se detuvo y habló con Héctor”. Moreno Villanueva le presentó al estadounidense como su hombre en Dallas. A Heriberto Lazcano lo conoció durante una pelea de gallos, pero no habló con él. El joven Vázquez pasaba los días entre Allende y Ciudad Acuña. A finales de 2010 fue localizado en la ciudad fronteriza por los agentes de la DEA que investigaban a los líderes Zetas. Los hombres de la agencia antinarcóticos lo llamaron y primero lo amenazaron con detener a su familia que se había quedado en Dallas. A cambio de no meterlos a la cárcel le propusieron un acuerdo para que cooperara, ya que estaban más interesados en ubicar y detener a los hermanos Treviño y a Heriberto Lazcano.

“La DEA quería mi cooperación, y cuando decidí cooperar con ellos, querían que yo les diera los números de celular de los BlackBerry de 40, 42 y Lazcano. Me preguntaron si yo podría conseguirlos para ellos”.

Para evitar que la policía de Dallas lo ubicara, el desconfiado Vázquez cambiaba cada tres semanas su número de BlackBerry. Mandaba su número en algunos de los paquetes con dinero. Los nuevos números de los capos de los Zetas los tenía Héctor Moreno. Vázquez tuvo que confesar a su amigo que la DEA ya los había localizado. Ambos reflexionaron sobre su situación. Entendieron que tarde o temprano la DEA primero detendría sus operaciones, lo que sucedió porque ya les estaban incautando grandes cantidades de droga y el

próximo paso sería capturarlos. Después de pensarlo unos días Moreno decidió cooperar y entregó los números a su amigo José Vázquez.

Vázquez y Moreno consideraron y confiaron en que al entregar los números de BlackBerry se quedarían en los altos círculos de la agencia antinarcoóticos, que solo servirían para que detuvieran a los líderes Zetas. Nunca se imaginaron que esa traición sería denunciada a los hermanos Treviño Morales gracias a una nueva torpeza de la DEA, error que desata-

La información de la DEA no sirvió para capturar a los capos, los alertó

ría la más grande masacre en la historia reciente de México. Por tercera ocasión la DEA cometía la pifia de compartir información estratégica sobre barones del narcotráfico con la Unidad de Investigaciones Sensibles (UIS), la organización de la Policía Fe-

deral que ellos mismos habían creado, capacitado y financiado; incluso eran considerados sus hombres de confianza en México. Así que de nuevo entregaron información decisiva: los números de los celulares, a pesar de que en dos ocasiones anteriores la agencia antinarcoóticos ya tenía evidencias de que desde esa unidad se filtraba la información fundamental a los altos capos de los cárteles mexicanos.

Como consecuencia de ese error, la información entregada por la DEA que debió servir para detener a los líderes Zetas no se usó para capturarlos; en cambio, fue utilizada para advertirle a Miguel Ángel Treviño Morales que alguien de su organización lo estaba traicionando.

En el juicio de Austin también se interrogó a Héctor Moreno Villanueva. El fiscal puso énfasis en los problemas que provocó para él, su familia y amigos la traición a Miguel Ángel y Omar Treviño Morales:

—Señor Moreno, cuando dice que hubo problemas, ¿cómo se relacionaron los problemas específicamente con usted? —cuestionó el fiscal Douglas Gardner.

—Hubo muchas muertes. Incluso empezaron a matar familias en Allende, Piedras Negras, Múzquiz y Sabinas. Ellos también querían matarme —respondió Moreno.

—Y ahora que el jurado ya ha tenido noticias del señor Cuéllar. ¿Por qué querrían matarte? —preguntó Gardner.

—Bueno, hubo muchas pérdidas desde noviembre, diciembre, enero de 2010. También hubo muchas incautaciones. Ellos estaban molestos porque no teníamos los clientes para mover ese tipo de cosas o esas cantidades y pensaron que teníamos algo que ver con estas pérdidas.

—Entonces usted dijo antes que se comunicó con Estados Unidos. ¿Estaba bajo acusación en Estados Unidos en ese momento enfrentando cargos? —cuestionó el fiscal.

—No.

—¿Sabe si enfrenta algún cargo en el estado de Texas o en cualquier otro estado?

—No.

Gardner insistió—: Se comunicó con el gobierno federal y aceptaron traerte al otro lado. ¿Puede explicarle al jurado cuál es su comprensión de su parte de ese acuerdo?

—Dar toda la información que tengo sobre los Zetas, sobre 40 y 42, cómo funcionaron sus operaciones tanto en Estados Unidos como en México —concluyó Moreno.

En ese proceso judicial también se interrogó a Alfonso Cuéllar. Se le preguntó sobre el papel de Héctor Moreno Villanueva y José Vázquez Jr. respecto al contrabando de cocaína que se enviaba a Dallas.

El fiscal Douglas Gardner cuestionó a Cuéllar—: ¿Conoce a un individuo llamado Héctor?

—Sí, señor —respondió *Poncho*.

—¿Y cómo lo conoce?

—Él es... era mi socio y trabajaba conmigo.

—¿Y esto fue en México?

—Sí, señor.

—Y cuando dice que era su socio, ¿qué hizo con usted o para usted?

—Era el que se encargaba de manejar el dinero y conseguir las drogas. Él fue el que tomó todo el tiempo el teléfono en las llamadas. Él era el que tenía a José Vázquez Jr. como su cliente, así que él estaba en contacto con él. Se encargaba de recoger el dinero y enviar las drogas. Y luego, cuando el dinero estaba reunido, me llamaba y me decía “ven a buscar el dinero”, y este se cruzaba a lo largo de la frontera con Piedras Negras.

—Y una vez que obtenía el dinero, ¿qué hacía con él?

—Dividía los billetes por denominaciones de 20, 50 y 100. Si había de cinco o diez dólares [los cambiábamos] porque en Colombia [los narcotraficantes] no querían trabajar con esas denominaciones pequeñas, luego los juntábamos y los cambiábamos por billetes de las más altas denominaciones —afirmó Cuéllar.

Gardner cuestionó a Alfonso Cuéllar sobre los sobornos que pagaban a las autoridades—: Y cuando dices controlar a los federales, los soldados y la policía, ¿a qué te refieres por control?

Cuéllar—: Que ellos [los Zetas] pagaban sobornos. Pagaban sus cuotas para poder mover sus drogas libremente y que no hubiera ningún problema para que las drogas pudieran pasar por Coahuila y llegar a Piedras Negras, y poder pasarlas al otro lado y trabajar sin tener ningún problema y sin que les fueran aseguradas las drogas.

Entre los militares a los que les pagaron sobornos se encontraban los mandos de la guarnición de la Secretaría de